

Los males de la adolescencia

J. A. VALTUENA

LOS adolescentes de nuestros días presentan signos de inadaptación y sufrimiento. Distintos indicios nos lo muestran claramente; en algunos países occidentales el suicidio es la tercera causa de mortalidad entre los adolescentes, el uso de drogas (entre las que deben incluirse obviamente las bebidas alcohólicas) se extiende entre ellos en forma tan ascendente que desconcierta a sociólogos y psiquiatras (en la población periférica de Sevilla, el 75 por 100 de los jóvenes de dieciséis a veinte años fuman habitualmente hashish), los casos de embarazo en adolescentes son cada vez más frecuentes (en Francia, las madres de menos de veinte años tienen el 21 por 100 de los hijos nacidos fuera del matrimonio y en Estados Unidos se practican cada año 300.000 abortos en adolescentes) y las enfermedades venéreas cobran un pesado tributo en sufrimientos y riesgos.

En nuestro país, los accidentes son la primera causa de mortalidad en los adolescentes, y no hay que pensar en modo alguno que todos ellos son fruto de la casualidad, sino que muchos resultan de un impulso autodestructor que lleva a ignorar el grado de riesgo que supone un determinado modo de conducir un vehículo de dos o cuatro ruedas.

Más tarde, ya en la juventud, el doctor Sopena Ibáñez advertía recientemente que son cada vez más frecuentes los casos de fracasos sexuales, y es sabido que la sexualidad representa uno de los más finos índices del equilibrio psicosomático del individuo.

Implicación de los padres

El paso de la infancia a la juventud a través de la adolescencia no ha sido nunca fácil ni cómodo. Percibe el adolescente con más o menos nitidez la pérdida del paraíso que es la infancia y la obligación de entrar en un mundo que se le aparece hostil y lleno de amenazas. Oscila entonces entre el deseo encubierto de gozar de todas las protecciones que lleva consigo la edad infantil y el impulso, expresado con más o menos violencia, de entrar en el mundo del adulto, pero no para acomodarse al mismo, sino para cambiarlo.

En el pasado, el tránsito generacional ha sido mucho más suave que en nuestros tiempos. Los padres ofrecían a sus hijos adolescentes un mundo muy parecido al que ellos mismos habían heredado de

sus padres, en el que nadie ponía en entredicho los principios que encuadraban su vida. Algunos discutían la importancia de la religión, la patria o la familia, pero no había un movimiento de duda sobre esos grandes conceptos tan masivo como el que hoy observamos a nuestro alrededor.

Nuestros hijos adolescentes nos formulan múltiples reproches y sin duda el más grave se refiere a nuestra incapacidad para dejarles un mundo estructurado, basado ante todo en la justicia, en el que puedan insertarse sin tropiezo. Creo, no obstante, que los padres difícilmente podemos transmitir unos principios que a nosotros mismos no nos aparecen claros ni suficientemente defendibles como han sido enunciados hasta ahora.

Cuando hemos visto que en nombre de Dios y para defender al parecer la patria y la familia se ha cometido toda clase de atropellos, ¿cómo podemos propagar tales ideas sin someterlas a la más viva crítica? Resulta así que el adolescente actual no recibe afirmaciones tajantes, sino dudas expresadas más o menos claramente, y es indiscutible que integrarse en un mundo de interrogaciones resulta incomparablemente más difícil que adaptarse a un mundo de certezas.

No creo, sin embargo, que deban echarse por tierra los valores que han servido de base a nuestro mundo, sino el modo de interpretarlos. La religión, la patria y la familia no deben ser instrumentos de dominio, sino de comprensión; no deben ser formas hipócritas de imponer un orden que sirva a los privilegiados, sino medios sinceros de lograr una comprensión entre todos los humanos.

No debemos, pues, caer en el error de rigidez mental que consistiría en decir a nuestros hijos que les legamos el mejor de los mundos posibles; no, les dejamos un mundo en el que todo puede perfeccionarse, pero en el que justamente nada se perfeccionará si los jóvenes se hunden en la desesperación y en la violencia autodestructora.

Sería una tremenda injusticia, en la que muchos adolescentes caen, pensar que los padres debemos ser irreprochables en todo y que no tenemos derecho a equivocarnos. Si tenemos, no obstante, la obligación de ser sinceros con nosotros mismos y con nuestros adolescentes, usando con éstos el lenguaje de la comprensión y no el de la imposición punitiva.

Enfermedades de la adolescencia

La Medicina ha tendido a desentenderse de los problemas de la adolescencia. Todos los padres de adolescentes saben bien que llega un momento en el que ya no pueden llevar a su hijo al pediatra, pero en el que tampoco se atreven a conducirlo a su propio médico porque se dan cuenta de que éste no se halla preparado para enfrentarse con los problemas peculiares del adolescente.

Cuando un padre o una madre notan que su hijo se masturba con gran frecuencia, y ya habla en su favor el hecho de que lo perciban, y lo llevan al médico, éste, mal preparado por la Facultad para afrontar la cuestión, suele prescribir un sedante porque todo el mundo considera que el contacto médico-enfermo debe terminar con una receta y no en un consejo o en una conversación, que es justamente lo que necesita el adolescente.

Es bien conocido el problema del acné del adolescente, cuyo tratamiento no está todavía resuelto, pero a menudo se olvida toda la constelación de problemas que envuelve el comienzo de la menstruación (menarquía). Numerosos adolescentes presentan en los primeros años reglas demasiado copiosas (con el consiguiente riesgo de anemia) o escasas, y en particular dolorosas; en este último caso influye sin duda la educación sexual que ha recibido la chica y sobre todo la acción de las madres, que en España suelen crear en las hijas una extraña asociación entre sexualidad y sufrimiento.

Existen toda una serie de procesos que sin ser exclusivos de la adolescencia presentan en ésta signos peculiares, en particular por sus connotaciones psicológicas; por ejemplo, las deformaciones de las mamas en las chicas o su aumento de tamaño en los chicos, los trastornos digestivos de todo tipo, expresión muchas veces de una profunda ansiedad, y la anorexia (pérdida del apetito) nerviosa.

Con todo, los trastornos más típicos del adolescente por su frecuencia o por los problemas que crean son de carácter psíquico y podrían describirse con una sola palabra: inadaptación al medio. En los últimos decenios la sociedad ha evolucionado de tal forma que ya un niño de diez años posee un cúmulo de información muy superior al que tenían sus abuelos a los

veinticinco años. Sin embargo, esa información, recibida en buena parte por la televisión, no es convenientemente filtrada ni asimilada, pese a lo cual ofrece al niño y al adolescente la falsa sensación de que ya es un adulto. Al propio tiempo, la creciente competitividad de la vida moderna obliga a prolongar el período formativo, de modo que el adolescente se sienta adulto desde el punto de vista de la constitución física (por ejemplo, la aparición de las reglas es cada vez más temprana) y de la información, mientras que no lo es en modo alguno en lo que se refiere a la independencia económica. Todo ello unido a las dificultades de integración en un mundo en rápida evolución, a las que antes me he referido, crea en el adolescente un sentimiento de ansiedad que no puede tratarse meramente con sedantes.

Nuestra sociedad consumista ofrece también otro sensible factor de frustración; en cuanto el niño es capaz de seguir los programas de la televisión, está ya sometido a la influencia de mensajes publicitarios hábilmente formulados para incitar a la posesión de más y más objetos. El adolescente ha experimentado durante años esa acción, pero al alcanzar la edad de razón percibe claramente que la entrada en la sociedad de consumo no está todavía a su alcance; reacciona así con un sentimiento más de frustración o con un desprecio profundo —tal vez más sano— hacia una escala de valores que no le satisface.

Es indispensable un gran esfuerzo de comprensión mutua entre adultos y adolescentes. Hay que tener muy presente que nuestros hijos no nos han pedido que les traigamos al mundo y que al hacerlo hemos contraído hacia ellos toda una serie de responsabilidades, entre las cuales destaca la de ayudarles a superar sus dificultades. Pero, ¡cuidado!, comprender, ayudar y orientar no significa transformarse en un esclavo de los caprichos de los hijos o en un padre-talonario-de-cheques, al que el hijo sólo acude para pedir dinero.

Verdad es que la solución de ciertos problemas de la adolescencia de hoy rebasa de lejos el marco de la familia. Así, es indispensable que en las Facultades de Medicina se haga más hincapié en el estudio de los problemas somáticos y psíquicos de la adolescencia y del modo de afrontarlos correctamente.

Además, en la periferia de las grandes ciudades hay que crear abundantes centros de acogida de adolescentes y jóvenes, en donde bajo la orientación de monitores debidamente preparados, puedan desarrollar actividades deportivas, culturales y artísticas que les ayuden a integrarse con sus pares en algo que no sea la formación de bandas con claras inclinaciones delincuentes.

Y, por último, una esperanza para los adolescentes: su edad es difícil, pero no dura siempre. ■